

DISCURSO DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA, DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS, EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO EXTRAORDINARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, LLEVADO A CABO EN MADRID, DEL 7 AL 11 DE OCTUBRE DE 1985

Señores académicos:

Desde los confines del norte americano hasta sus zonas más australes; desde las profundidades del Pacífico y desde las costas que miran al Atlántico, hemos llegado a Madrid convocados por unas voces como extraídas de veneros de nuestra propia sangre.

Hay un acontecimiento que a todos nos embarga de emoción: van a cumplirse quinientos años de la fecha en que se rompieron los paralelos para cruzarse dos inmensos caminos culturales por los que había transitado el hombre con distintos signos, con formas que se habían ido estereotipando, con horizontes que se les había formado de montañas, de ríos, de lagunas, de islotes, de pájaros que discurrían con colores que habían ido descubriendo en su paleta de emociones; de sentir cómo se viene o como se va la vida; de llamadas de fieras distintas, de oquedades y de cielos, y sobre todo de la necesaria manera de estar unos con los otros, conviviendo, mientras pasaron soles y lunas por siglos.

El cruzamiento de los caminos culturales significó sangre, crueldad, enfrentamiento entre los grupos, aniquilamiento de muchos de los permanentes cartones culturales de cada sector. Pero fue saliendo una curiosa mezcla que tendía a ser amalgama y que aún tiende. Porque de la dominación, del sacrificio, de la lucha, ha ido lentamente formándose un cuerpo aún no definido del todo; y ya Octavio Paz lo ha dicho en "El Laberinto de la Soledad": estamos viéndonos los pueblos adolescentes en el curso de las aguas para encontrar nuestro rostro. Y Borges añadiría que éste sería siempre impreciso porque las aguas corren y se llevan las imágenes... Pero el milagro se forjó en la palabra, en el entendernos con voces que nos han ido aproximando, rompiendo la barrera de lo mío y de lo tuyo, para hacer lo nuestro en la gran aventura del existir.

Hay que celebrar la fecha con fervor y sin desmayo y a eso estamos muchos consagrados. Ha habido sangre y horas negras, ha habido el aplastamiento de muchos altares levantados sobre pabellones del tiempo, pero creo que tenemos que festejar el encuentro, la fusión de dos grandes sectores de la humanidad que han alcanzado un lenguaje común para entenderse; y que tendrán que defender lo ganado para robustecer esa cultura de hoy, múltiplo de dos o más, que crece con su propia personalidad, dibujándose, lentamente, pero que, a la vez, mantiene reservas espirituales de uno y otro lado, para un porvenir que ya se viene galopando, que ya se escucha, en años crepusculares, mientras se consumen los siglos y se altera la atmósfera en la que vivimos para sabe Dios qué nuevos destinos del hombre. Tenemos que luchar por defender la palabra que nos une; y por encontrar las mil voces que respondiendo a nuestro nuevo rostro cultural nos hagan sentir copartícipes de una manera de ser, de una manera de entenderse, de hablar, de responder a los mismos grados del sentimiento.

Es muy honroso para el que habla representar a los

académicos de América Latina que han sido congregados por sus hermanos de España para estudiar asuntos vinculados con el lenguaje y los medios de comunicación social. Y, además de honroso, sentimental. Cuarenta años atrás, siendo Director de Extensión Cultural de la Universidad de San Marcos, recibí emocionadamente en Lima y, sucesivamente, a Pedro Laín Entralgo y a Dámaso Alonso. El primero, nos ofreció el mundo de una nueva generación poética que había nacido a la Literatura en los cruentos años de una guerra civil. El segundo, nos ofreció la nueva crítica de los valores poéticos tradicionales de España. En ambos vibraban cuerdas de una nueva actitud cultural y se desarrollaba un panorama espiritual que tenía que ver con la poesía barroca americana del siglo XVII, pero también con el barroquismo último de los Vallejo, los Neruda, los Carpentier. Y desde entonces me sentí en deuda con ambos y con la cultura española que nos ofrecía esos maestros hechos al rigor de los tiempos y en aproximación a un más amplio vocabulario poético y prosaico que iba más allá de la Academia ortodoxa y convencional. Y así sentí mi cercanía con académicos partiendo de poemas y de lecturas juveniles.

Con el transcurrir de los años, me cupo la satisfacción de presidir la comisión organizadora del Congreso de Academias de la Lengua Española, que se realizó en Lima, en 1980, y de volver a presentar a Dámaso Alonso en nuestro antiguo salón de la Facultad de Letras y en la vieja casona del Instituto Nacional de Cultura, en un viaje artístico de lo plateresco a lo neoclásico de un edificio extrañamente de piedra en la costa peruana, donde abrumba el adobe, en la antigua confluencia de los Pizarro con los antiguos pobladores de Limactambo y Cuismanco. Pretexto, ahora, para reunirnos en Madrid una vez más en torno de la palabra y de la forjación de una cultura que sea resultado de nuestras manifestaciones comunes vertebrales, aunque nos diferen-

ciemos en rasgos que forjan nuestras respectivas personalidades.

, Por sobre acepciones varias que parecen separarnos; por sobre el uso de un léxico que a veces parece llevarnos a cada uno de los miembros de la comunidad por sorprendivos caminos diferentes, hay un todo que nos agrupa estrechamente, un entendimiento que está sobregirando por encima de cualquiera variación semántica. Y frente a los pesimismos que tienen por antecedentes la descomposición que se produjo del latín a través de germanías medievales insurgentes, oponemos la concepción del mundo actual, donde, precisamente, los medios de comunicación social que muestran tanto las arbitrariedades provinciales, son organismos unificadores de los pueblos que siguen trabajando incansablemente en la modificación de los vocablos de acuerdo con circunstancias históricas, geográficas, de vecindad, de creación literaria, de accidentes culturales. Nuevas y nuevas piedras son arrastradas por las aguas del lenguaje; pero con el fluir se decantan en el transcurrir del río y sentimos que al final, en la gran laguna, todas las corrientes parecen iguales y se forja la serena horizontalidad donde no asoman sino los reflejos del agua, que viniendo por tantos acueductos se ha arremansado en su discurrir y ofrecido un paisaje terso y hermosamente igual.

Tenemos que referirnos una y mil veces al mestizaje cultural que alimenta la transformación de los pueblos, en general y muy particularmente los de nuestra América Hispánica. Ya desde los primeros siglos del gran encuentro, fueron mezclándose nuestras concepciones del ser, del universo, lo que dio origen a un mundo idiomático nuevo, donde, como por ejemplo, el Perú trajo con la "pacarina", o boca de relación con el mundo de abajo, una nueva manifestación de la muerte y por lo tanto todo un desarrollarse de términos, conceptos, ideogramas; de una nueva manera de entender a aquélla y la necesidad por consiguiente de

aproximarnos con otro lenguaje. Pero todo ello referido a un esqueleto general por el que podemos entendernos perfectamente. No podríamos dejar de pensar en el Inca Garcilaso de la Vega musitando usuta, tupu, huaca y huacca, pampa, tambo, guasca, y a la vez un novelar a la manera de los españoles del renacimiento, cubriendo las aristas de su tradición familiar con el manto generalizador de su narración y de su descripción tomadas de las corrientes lingüístico-literarias castellanas de su época.

Ni tampoco en el Lunarejo, curita indígena procedente de un pequeño pueblecito de los Andes, quien logra producir la más excelente prosa conceptista dentro del áureo decorado de la Catedral del Cusco. Ni precisamente dejar de sentir entrañablemente el Cusco, donde a un primer piso de piedra se añade la blancura de un segundo, hecho de cal y canto, con luz que se irradia de cada sector hacia el otro.

Otra nueva experiencia humano-literaria mestiza se dará en los albores de la independencia del Perú en la obra poética de Mariano Melgar quien injerta la tradición popular del yaraví, herencia de la poesía peruana precolombina modificada ya grandemente por acción de hispanidad, no sólo en el texto castellano sino en la corriente amorosa precursora del romanticismo. Pueblan, en tanto, las iglesias y los salones, cuadros y esculturas donde el arte religioso cristiano se ha hecho, asimismo, mestizo en el gesto y proporción de los artífices.

Y así ha continuado produciéndose este flujo y reflujo de las culturas que tienen su contrapartida en la modificación no sólo de vocablos, sino en la forma sintáctica de la expresión. Pero qué importa todo aquello si seguimos por la misma senda. O diríamos, por el contrario, con qué felicidad se abre un mundo de posibilidades de lenguaje, manteniéndose el espíritu central que nos hace ver con los mismos ojos la realidad del universo y de nosotros mismos, escudriñándonos con signos que no son del todo inteligibles.

Entendiéndonos, al fin y al cabo, con las mismas palabras aunque a veces los sonidos parecen distintos.

Viene al caso hablar de la poesía. ¿No es ella la gran transformadora? En la búsqueda por encontrar el misterio inefable, se han producido constantemente las variaciones maravillosas de las palabras y de sus conceptos correspondientes. ¿No ha sido tan señalado el papel revolucionario del lenguaje de Rubén Darío y posteriormente en este siglo el de César Vallejo buscando en las modificaciones semánticas, morfológicas, sintácticas, expresiones que dieran significado al dolor, al sentimiento de la existencia, al convencimiento de aquel producto del barroquismo, de que el morir empieza del nacer? ¿No son los creacionistas forjadores de lenguaje, Vicente Huidobro produciendo un nuevo mar o una nueva rosa? Recuerdo algo significativo. Era una reunión en la Academia Argentina de Letras. Se discutía acepciones de palabras diversas. Jorge Luis Borges intervino para decir que la mayoría de esas palabras eran muy poco felices como expresión y que había que buscar más bien las palabras bellas que le dieran encanto al lenguaje y permitieran así la asimilación por el pueblo de un lenguaje que satisficiera las inmediatas apetencias de encontrar las fórmulas adecuadas para hallarse felices en la conversación, el discurso. Sería de estudiarse que, más que su partida de bautizo, se viera en el lenguaje la necesidad de comunicarse dentro de fórmulas que tuvieran una ecuación resuelta entre el conocimiento y el gusto por la expresión. Creo que precisamente vamos en eso por mal camino: el lenguaje sociologizante contemporáneo es precisamente producto de chatura y aún de descomposición del lenguaje castellano. Es evidente que entre consumición y consumo, mucho más eufónica es la segunda expresión. Y qué decir entre aperturar y abrir, cuando este término tenía en sí belleza y había servido para tantos textos literarios de

singular atractivo. Pero llegar también a las bellas palabras síntesis. Los brasileños dicen "luar" a la luz de la luna.

Se decía en esta reunión que las palabras imponen su acepción. Feliz el momento en que "esplendoroso" adquirió carta de ciudadanía. Pero también requerimos de los "nonada" que le brotaban a César Vallejo en el complejo destrenzarse de su existencia diaria.

Si pasamos de la poesía a la novela, también nos hallaremos con las modificaciones que los autores han hecho dentro de lo que hoy se considera la narración totalizadora, donde la tradicional composición literaria ha desaparecido y donde surge una vigorosa manera de contar.

Tenemos ante nosotros una nueva tarea académica, como ya se ha señalado en el transcurrir de las sesiones, registrar las voces, no autorizarlas. Sumergirnos en el lenguaje y ver cómo se desarrolla constantemente en cada uno de nuestros medios para un ordenamiento que permita mantener la unidad por sobre todas las diferencias. Una nueva unidad capaz de enfrentarnos al destino con humilde sentido de investigación y a la vez con amorosa entrega. Gracias por habernos convocado, hermanos académicos de España. Gracias porque podamos acentuar nuestro vívido sentimiento de unidad cultural.